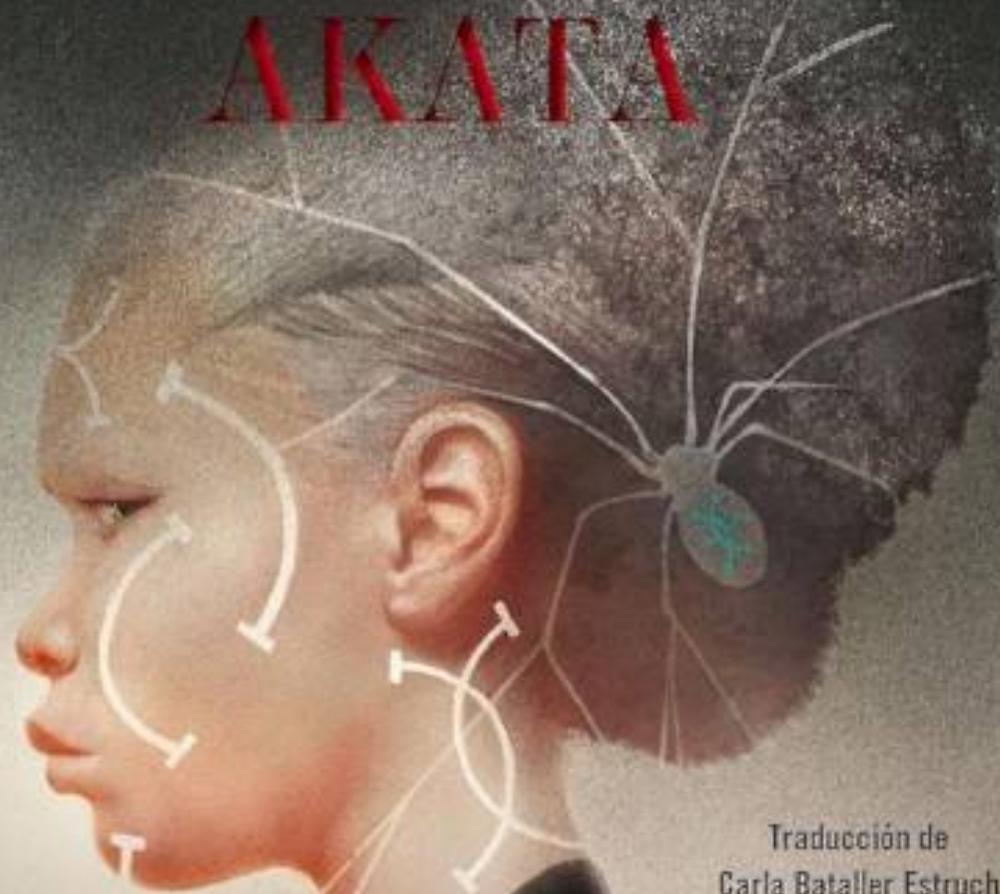


GANADORA DEL WORLD FANTASY AWARD

NNEDI  OKORAFOR

GUERRERA AKATA



Traducción de
Carla Bataller Estruch

«Una literatura fantástica fabulosa».

NEIL GAIMAN

Sunny Nwazue es parte de la sociedad leopardo, personas con habilidades mágicas que pueden tratar con seres invisibles a ojos de los demás (los borregos), tales como mascaradas y saltamontes fantasmas.

Aunque Sunny dedica toda su atención a estudiar con su mentora, Lechezúcar, y a amoldarse a su refugio (rodeado por un caudaloso río donde habita un monstruo acuático), un día sucede algo que tambaleará los cimientos de todo lo que daba por sentado.

Para solucionarlo deberá viajar con sus amigos hasta una ciudad hecha de humo a la que sólo se puede llegar atravesando dos mundos: el visible y el invisible.

«Guerrera Akata» es la secuela de «Bruja Akata», donde Nnedi Okorafor —ganadora del Hugo, el Nebula, el Locus y el World Fantasy Award— desarrolla en Nigeria una mágica historia de aventuras.

*Dedicado a todas las historias que siempre
andan detrás de mí. Os veo.*

NSIBIDI PARA «AMOR»

ONYE NA-AGU EDEMEDE A MURU AKO:

ÁNDATE CON CUIDADO, LECTOR

Saludos desde el colectivo de la biblioteca Obi del Departamento de Responsabilidad de Golpe Leopardo. Somos una organización muy ocupada con cosas más importantes que esta tarea. Sin embargo, hemos recibido la orden de escribirte esta breve carta de información. Es necesario que comprendas en qué te estás metiendo antes de empezar a leer este libro. Si ya lo sabes, entonces puedes ignorar este aviso y saltar directamente a la continuación de la historia de Sunny en el primer capítulo.

Bien, empecemos.

Ándate con cuidado, lector, porque este libro contiene juju.

«Juju» es como a las personas de África occidental nos gusta llamar la magia, el misticismo manipulable o los encantos encantadores. Es salvaje, enigmático y está vivo e interesado en ti. Siempre resulta imposible definir qué es juju. No cabe duda de que incluye todas las fuerzas engañosas e incomprensibles arrancadas de las fuentes más profundas de la naturaleza y el espíritu. Hay control, pero nunca es absoluto. No te tomes a la ligera el juju, a menos que busques una muerte inesperada.

Los jujus hacen piruetas en estas páginas, como motas de polvo en una tormenta de arena. Nos da igual si tienes miedo. Nos da igual si crees que este libro te traerá buena suerte. Nos da igual si eres un intruso. Lo único que nos importa es que leas este aviso y, por tanto, que estés avisado. De este modo, no podrás culpar a nadie, excepto a ti mismo, si disfrutas de esta historia.

Veamos: esta chica, Sunny Nwazue, vive en el sudeste de Nigeria (considerado territorio igbo), en un pueblo no muy lejos de la próspera ciudad de Aba. Sunny tiene ahora unos trece años y medio, pertenece al grupo étnico igbo y es «naija-estadounidense» (que significa «nigeriano-estadounidense», es decir, nació en Estados Unidos de padres nigerianos; aunque esto lo podrías haber consultado en internet). Sus dos hermanos mayores, Chukwu y Ugonna, nacieron en Nigeria. Sunny, en cambio, nació en la ciudad de Nueva York. Su familia y ella vivieron allí hasta que cumplió nueve años y luego se mudaron a Nigeria otra vez. Esto quiere decir que habla igbo con acento estadounidense y dice «balompié» en vez de «fútbol». También quiere decir que a veces tiene que aguantar que sus compañeros de clase la llamen *akata* cuando quieren molestarla.

Akata es una palabra que algunos nigerianos usamos para referirnos y, con mucha frecuencia, degradar a los estadounidenses negros o que han nacido en el extranjero. Algunos dicen que significa «animal de los arbustos», otros que es «recolector de algodón», otros que quiere decir «animal salvaje» o «zorro»... No se ponen de acuerdo. Sea cual sea su significado, no es una palabra bonita. Pregúntale a cualquiera que haya recibido este apelativo por parte de un nigeriano arguyendo los motivos por los que los nigerianos llaman a otra gente *akata* y verás que nadie disfruta de esa experiencia.

Oh, y resulta que Sunny también tiene albinismo (un trastorno genético que reduce la cantidad del pigmento

melánico de la piel, el cabello y/o los ojos), y por eso no está del todo aquí ni del todo allá.

Debes saber de antemano, lector, que hace año y medio Sunny Nwazue asumió por fin su auténtica identidad y la introdujeron oficialmente en la sociedad leopardo local. Para mayor claridad, citamos el manual básico *Compendio de hechos para sujetos independientes*, de Isong Abong Effiong Isong:

A la gente leopardo se la conoce por muchos nombres en todo el mundo. El término «persona leopardo» se acuñó en África occidental, derivado del término efik «*ekpe*», «leopardo». Todas las personas con una habilidad mística auténtica son leopardos.

Las personas leopardo recibimos muchos otros nombres en muchos otros idiomas. Una característica esencial de alguien leopardo es que uno de tus mayores «defectos» naturales o tu singularidad es la clave de tu poder. Para Sunny fue su albinismo. Está aprendiendo poco a poco qué significa esto. Además, al ser una persona leopardo, tienes un rostro espiritual; este es tu rostro más auténtico, el que siempre tendrás. Y revelarlo delante de los demás es como trotar por ahí en cueros. Asimismo, Sunny se está acostumbrando despacio a la existencia, intimidad y poder de su cara espiritual, cuyo nombre es Anyanwu.

El año pasado, Sunny descubrió que es un sujeto independiente, ya que la línea leopardo se había saltado una generación. Los sujetos independientes no tienen padres que les enseñen quiénes son al nacer. Un sujeto independiente no sabe nada sobre la sociedad leopardo ni sobre otras personas leopardo, conocimientos sobre juju y el mundo místico, ni tampoco han estado expuestos a lugares místicos como Golpe Leopardo. Se acaban de dar cuenta de su condición de leopardo y saben que el caos ha estallado en su mundo.

Sunny descubrió que era leopardo a los doce años. Su misteriosa abuela por parte de madre era la persona leopardo en su familia y, si no hubiera muerto a manos del alumno de quien era mentora, habría presentado a Sunny al mundo leopardo como es debido.

Debes saber, lector, que el mundo de Sunny ahora está lleno de gente mística y también de seres que sólo las personas leopardo pueden ver, como mascaradas, tungusas, almas de los arbustos, saltamontes fantasma y demás. Esto es particularmente cierto en el refugio para la sociedad leopardo local llamado Golpe Leopardo, un terreno aislado conjurado por los antepasados y rodeado por un caudaloso río donde habita un monstruo acuático astuto y vengativo. La entrada a este lugar consiste en un puente tan estrecho como un viejo poste telefónico que atraviesa el río.

Entiende que, para apreciar este libro, debes saber qué es y qué no es una mascarada. Las mascaradas no son hombres vestidos con elaboradas máscaras y disfraces de rafia, tela, cuentas y esas cosas. He aquí una cita sobre estas criaturas extraída del libro *Compendio de hechos para sujetos independientes*, de Isong Abong Effiong Isong:

Fantasmas, brujas, demonios, cambiaformas y mascaradas: todo real. Y las mascaradas siempre son peligrosas. Pueden matar, robarte el alma, arrebatarte la mente, quitarte tu pasado, reescribir tu futuro e incluso causar el fin del mundo. Como sujeto independiente, no te relacionarás con las mascaradas auténticas si no quieres enfrentarte a una muerte segura. Si eres inteligente, dejarás las mascaradas de verdad a quienes saben qué hacer con los juju.

Las mascaradas cobran muchas formas: pueden ser del tamaño de una casa o de un abejorro. Hasta pueden ser invisibles. Pueden ser una sábana polvorienta sobre un montón de polillas o parecer un túmulo de hierba seca; pueden tomar la forma de una sombra dando vueltas o tener muchas cabezas de madera. Nunca lo sabrás hasta que lo sepas.

Ten en cuenta, por favor, que cuando la autora del libro citado arriba, Isong Abong Effiong Isong, era adolescente, acosó demasiadas veces a una Mmuo Ifuru (mascarada de flores) que vivía en su jardín. Esa mascarada pasó a convertir la vida de Isong en un infierno durante tres años, y el prejuicio de Isong contra ellas se refleja en su libro. No todas las mascaradas son seres enfadados, perversos, malignos o peligrosos. Muchas son bastante amables y hermosas; algunas no son nada de esto, no quieren relacionarse con seres vivos, etc.

Debes saber, lector, que cuanto más aprenda Sunny a leer ese libro de nsibidi que compró el año pasado, más verá. El nsibidi es un alfabeto del sudoeste de Nigeria. Hay que leer nsibidi con mucho cuidado y habilidad; las palabras en nsibidi leídas sin la debida atención pueden conducir a la muerte. Sé consciente de que, a medida que leas sobre Sunny, tu mundo puede cambiar, expandirse, aclararse y adquirir más vida. No es necesario mirar debajo de la cama cada noche, pero puede que quieras asegurarte de que todos los libros de tu habitación son libros de verdad.

Ándate con cuidado, lector, porque esta jovencita, Sunny, tiene amigos que también practican juju. Y cuando los cuatro se juntan, pueden salvar o destruir el mundo. Chichi es la chica que vive con su madre en la pequeña cabaña en medio de casas grandes y modernas, pese a pertenecer a la realeza por parte de madre y a tener un padre ausente que es un cantante famoso de *highlife* y *afrobeat*. Chichi podría tener más años o menos que Sunny; ¿quién sabe, a quién le importa? Puede que Chichi sea baja de estatura, pero su boca y su fuerte voluntad rivalizan con las de la mujer más próspera del mercado. La memoria fotográfica de Chichi y su intensa inquietud son las claves de su talento personal.

Orlu, que tiene casi quince años, es su vecino; Sunny no habló con él hasta que su destino floreció. Orlu es tranquilo y posee un temperamento equilibrado; cualidades que

Sunny aprecia en un chico. La dislexia de Orlu lo guio hasta su asombrosa habilidad para deshacer por instinto cualquier juju que se encuentre. El mejor modo de saber si hay problemas mágicos es observando las manos de Orlu.

Sasha, de quince años, es del Estados Unidos negro; del South Side de Chicago, para ser exactos. Sus padres lo enviaron a Naija (jerga para «Nigeria») por sus problemas con la autoridad, en concreto con la autoridad en forma de policía. Es como Chichi: rápido, hiper-inteligente y lo recuerda todo como un ordenador. Es problemático en el mundo borigo (no mágico), pero en el mundo leopardo tiene un don maravilloso.

Debes entender, lector, que poco después de entrar en la sociedad leopardo, Sunny, Orlu, Chichi y Sasha tuvieron que enfrentarse a un maligno asesino ritual llamado Sombrero Negro Otokoto, quien tenía la intención de traer a Ekwensu, la mascarada más poderosa, fea y malvada, al mundo material. Como los cuatro siguen vivos, se puede suponer que las cosas no salieron del todo mal en su encuentro. Por último, Lechezúcar, la bibliotecaria jefe de la biblioteca Obi (el punto central de la sociedad leopardo) ha accedido, para alegría de Sunny, a ser su mentora al fin.

La única pretensión de este libro es la de procurar contar la historia de las posteriores idas y venidas de este sujeto independiente llamado Sunny Nwazue.

Atentamente,

*El colectivo de la biblioteca Obi
del Departamento de Responsabilidad de Golpe Leopardo*

1

PIMIENTOS CONTAMINADOS

Era una estupidez salir de noche en esa zona, sobre todo con los sueños perturbadores que Sunny tenía últimamente. Sueños que, según sospechaba, no eran sueños en absoluto. Sin embargo, su mentora Lechezúcar la había retado, y Sunny quería demostrarle que se equivocaba.

Sunny y Lechezúcar se habían enzarzado en una de sus discusiones acaloradas, en esa ocasión sobre las chicas estadounidenses modernas y, en general, sobre su poca maña en la cocina. La anciana torcida había mirado con condescendencia a Sunny, riéndose.

—Estás tan americanizada que me apuesto lo que quieras a que no sabes preparar sopa de pimienta picante —dijo.

—Sí, sí que puedo, ma —insistió Sunny, molesta e insultada. No era tan complicado preparar sopa de pimienta.

—Ah, claro, pero eres una persona leopardo, ¿no? Pues tienes que hacer la sopa con pimientos contaminados y no con esos debiluchos que los borregos trituran y usan.

Sunny había leído la receta para la sopa de pimienta contaminado en su *Compendio de hechos para sujetos independientes*, pero de verdad, en serio, de veras, no podía cumplir el desafío de Lechezúcar. Al preparar sopa de pimienta contaminado, si cometías un error minúsculo (como usar sal de mesa en vez de sal marina), las consecuencias podrían ser aterradoras, como que la sopa se envenenara o

explotara. Eso había disuadido a Sunny de intentar prepararla.

Aun así, no pensaba admitir su incapacidad para hacerla. No ante Lechezúcar, a quien había tenido que demostrar su valía derrotando a uno de los criminales más poderosos que la comunidad leopardo había conocido en siglos. Sunny sólo era un sujeto independiente, una persona leopardo criada entre borregos y, por tanto, desconocía muchas cosas. Aun así, su chi, que se manifestaba como su rostro espiritual, era Anyanwu, alguien genial en la vasta selva. Pero, en serio, ¿qué más daba si había sido una tipa dura en el mundo espiritual? Ahora era ahora, y ella era Sunny Nwazue. Aún tenía que demostrar a la bibliotecaria jefe que era digna de tenerla como mentora.

Así pues, Sunny había salido de los terrenos de la biblioteca Obi, pese a que ya era pasada la medianoche, para recoger tres pimientos contaminados del pimental que había al final del camino. Lechezúcar había puesto los ojos en blanco y luego le prometió que tendría los otros ingredientes de la sopa en su mesa para cuando Sunny volviera. Hasta carne de cabra recién cortada.

Sunny dejó su bolso y las gafas allí. Le complacía sobre todo dejar las gafas. Estaban hechas de un plástico verde ligero como una pluma, pero aún no se había acostumbrado a ellas. Durante el último año, aunque su sensibilidad a la luz había disminuido por ser una persona leopardo, su vista no había cambiado. Siempre la había tenido mejor que la mayoría de personas albinas, pero eso no quería decir que fuera perfecta.

Después de la revisión del mes anterior, su oftalmólogo había dicho al fin lo que Sunny sabía que acabaría diciendo en algún momento: «Vamos a ponerte gafas». Eran del tipo que se oscurecen con la luz del sol, y Sunny las odiaba. Le gustaba ver la luz del sol de verdad, aunque le lastimara los ojos. Aun así, últimamente la incapacidad de sus ojos a la hora de dejar pasar la luz solar diluía tanto el mundo que

apenas podía percibir los detalles. Hasta había intentado llevar una gorra de béisbol durante una semana, con la esperanza de que la visera le hiciera sombra en los ojos. Como no sirvió de nada, tocaba ponerse gafas. Pero, siempre que podía, se las quitaba. Y esa era la mejor parte de la noche.

—Espero que le cueste encontrar carne de cabra a estas horas —musitó Sunny mientras se precipitaba por la entrada de la biblioteca Obi hacia la estrecha carretera de tierra.

No había pasado ni un minuto cuando sintió la picadura de un mosquito en el tobillo.

—Oh, venga ya —murmuró. Caminó más deprisa. La noche era cálida y empalagosa, una compañera perfecta para su humor de perros. Era la temporada de lluvias y las nubes habían soltado el equivalente a una hora de lluvia el día interior. La tierra se había expandido y los árboles y las plantas respiraban. Los insectos zumbaban con emoción y Sunny oyó el gorjeo de unos murciélagos pequeños mientras se atiborraban de bichos. En dirección contraria, hacia la entrada de Golpe Leopardo, el comercio estaba en pleno apogeo. Era la hora en la que se desarrollaban tanto las transacciones más discretas como las más escandalosas. Hasta desde donde estaba podía oír unas cuantas de estas últimas, incluidos dos hombres igbo que discutían en voz alta las limitaciones y el precio excesivo de los hechizos de suerte.

Sunny aceleró el paso. Cuanto antes llegara al pimental donde crecían los pimientos contaminados silvestres, antes podría regresar a la biblioteca Obi y demostrarle a Lechezúcar que, en efecto, no tenía ni idea de cómo preparar sopa de pimiento contaminado, uno de los platos más típicos del pueblo leopardo en Nigeria.

Suspiró. Había ido a ese pimental varias veces con Chichi a recoger pimientos. Allí crecían silvestres y no eran tan concentrados como los que vendían en los puestos de verduras y en las tiendas de Golpe Leopardo, pero a Sunny le

gustaba que sus papilas gustativas funcionaran, muchas gracias. Chichi siempre preparaba la sopa y a ella también le gustaba suave. Además, allí los pimientos contaminados no costaban nada y podías recogerlos a cualquier hora, de día o de noche.

En esa época del año, los pimientos estaban gordos, o eso decían Orlu y Chichi. Sunny había descubierto la existencia de Golpe Leopardo hacía tan sólo un año y medio. No era tiempo suficiente para conocer los hábitos de los pimientos contaminados silvestres que crecían cerca de los campos de flores que se usaban para hacer polvos juju. Como Chichi y Orlu se habían pasado la vida yendo a Golpe Leopardo, Sunny estaba dispuesta a creerles. A los pimientos les encanta el calor y el sol y, a pesar de las recientes lluvias, había mucha cantidad de ambos.

Cuando llegó al pimental, recogió dos pimientos rojos hermosos y los guardó en su cesta resistente al calor. El huertecito brillaba como una pequeña galaxia. El destello verde y amarillo de las luciérnagas era como naves extraterrestres esporádicas. Más allá de los pimientos brillantes había un campo de flores púrpura con el centro blanco, que se recogerían, secarían y machacarían para confeccionar muchos tipos de polvos juju habituales. Sunny admiró el paisaje nocturno.

Estaba prestando atención; hasta se fijó en la *tungwa* que flotaba perezosa a unos metros de distancia, justo por encima de unas flores. Redonda y grande como una pelota de baloncesto, su fina piel marrón rozaba la parte superior de una flor.

—Qué cosa más ridícula —musitó cuando la *tungwa* explotó con un suave pop y derramó en silencio mechones de pelo negro, trozos de carne cruda, dientes y huesos blancos sobre los pimientos. Sunny se arrodilló para buscar el tercer pimiento que quería recoger. Dos minutos después, alzó la mirada de nuevo. Lo único que pudo hacer fue parpadear y mirar—. Pero... ¿qué... demonios? —susurró.

Agarró con fuerza la cesta de pimientos contaminados. Tenía el mal presentimiento de que necesitaría todos los sentidos en ese momento. Estaba aturdida por la intensidad de su desconcierto... y de su miedo.

—¿Estoy soñando?

Donde antes estaba el campo de flores púrpura, ahora había un lago. Sus aguas estaban tranquilas y reflejaban la reluciente media luna como un espejo. ¿Desprendían los pimientos algún vapor que causaba alucinaciones? No le extrañaría nada. Cuando estaban demasiado maduros, emitían un ligero humo y a veces hasta crepitaban. Pero, además de ver el lago, lo estaba oliendo: olía a selva, a mar, a mojado. Hasta podía oír el croar de las ranas.

Sunny se planteó dar media vuelta y correr hasta la biblioteca Obi. «Lo mejor es fingir que no has visto nada», la avisó una vocecita en su cabeza. «¡Vuelve!». En Golpe Leopardo, si eres una niña que se tropieza con alguna cosa rara inexplicable, a menudo lo más sensato es hacer la vista gorda y alejarse.

Además, tenía que pensar en sus padres. Era sábado por la noche y no estaba en casa, sino en Golpe Leopardo, un lugar que la gente no leopardo como sus padres tenía prohibido conocer y mucho menos pisar. Sus padres no podían saber nada relacionado con el mundo leopardo. Lo único que sabían era que Sunny no estaba en casa y que aquello se debía a algo parecido a lo que la madre de la madre de Sunny solía hacer cuando vivía.

Su madre seguramente estaría muerta de preocupación, pero no le preguntaría nada al volver a casa. Y su padre le abriría la puerta enfadado y luego regresaría en silencio a su habitación, donde, al fin, también podría dormir. A pesar de la tensión entre sus padres y ella, les prometió mentalmente que permanecería sana y salva.

Pero los sueños de Sunny habían sido una locura últimamente. Si empezaba a soñar estando despierta y de pie, sería un nuevo problema. Debía asegurarse de que no era

eso. Sacó la llave de su casa y encendió la linterna diminuta que llevaba en el llavero. Se arrastró hasta el borde del lago para verlo mejor, apartando plantas mojadas, tupidas y verdes que no eran ni pimientos contaminados ni flores púrpura. La tierra permaneció seca hasta que alcanzó la orilla del agua, donde estaba esponjosa y encharcada.

Agarró una piedrecita y la tiró. Plonc. El agua parecía profunda. Unos dos metros, al menos. Enfocó su diminuta luz débil hacia allí justo a tiempo de ver cómo un tentáculo salía disparado e intentaba enrollarse en su pierna. Falló y acabó agarrando y arrancando unas plantas altas. Sunny gritó y se alejó a trompicones del agua, de donde salieron más tentáculos grandes y blandos a toda velocidad.

Sunny se dio la vuelta y huyó; se las apañó para dar siete zancadas antes de tropezar con una cepa y caer sobre unas flores, a unos metros del lago. Miró hacia atrás, aliviada por estar a una distancia segura de la cosa del lago. Se estremeció y se levantó con dificultad, horrorizada. No se lo podía creer. Pero no creerlo no lo hacía menos cierto. El lago estaba ahora a menos de un metro de ella: sus aguas se acercaban arrastrándose a cada segundo que pasaba. Se movía rápido, como una ola en el océano. La tierra, las flores: todo se hundía en silencio a su paso.

Los tentáculos se deslizaron alrededor de su tobillo derecho antes de que pudiera alejarse. Le tiraron del pie justo cuando dos y hasta tres tentáculos más se enrollaron en su tobillo izquierdo, su torso y muslo. La hierba se incrustó en los vaqueros y la camiseta de Sunny y luego en la piel de su espalda cuando los tentáculos la arrastraron hacia el agua. No se le daba bien nadar. Cuando era niña, nadar siempre era algo que se hacía bajo el sol, así que lo evitaba. Ahora era de noche, pero definitivamente no quería nadar.

Golpeó y se retorció, luchando contra el horror; el pánico no la llevaría a ninguna parte. Esa era una de las primeras cosas que le había enseñado Lechezúcar el primer día